

RESEÑA DE LIBROS

James Dunn, *Timor. A People Betrayed*, Adelaide y Auckland, The Jacaranda Press, 1983, 402 pp.

Hasta el momento de la publicación del libro de James Dunn se había contado con pocos análisis de fondo sobre la lucha de Timor Oriental por su autodeterminación, y escaseaba la información completa y objetiva sobre las circunstancias en que Indonesia llevó a cabo la integración forzada de Timor a su territorio ante la aparente aquiescencia de la comunidad internacional. En este sentido *Timor. A People Betrayed* proporciona una crónica precisa y detallada de los acontecimientos en la ex colonia portuguesa, así como de las opiniones vigentes y las acciones tomadas por tres de las partes involucradas: Portugal, Indonesia y Australia. El autor rescata así el caso de un pueblo en lucha por su liberación. Gradualmente Timor se ha ido relegando en la lista de prioridades a discutir en la agenda de la comunidad internacional. Esto ocurrió particularmente gracias a los esfuerzos de Indonesia para que la anexión de Timor llegara a considerarse como un hecho más allá de cualquier cuestionamiento. Así, para principios de los ochenta, el caso ya había perdido terreno en las discusiones desarrolladas en el marco de las Naciones Unidas. La intención del autor, no sólo en este libro sino en su vida pública, ha sido precisamente la de ayudar a mantener presente la causa de Timor mediante una labor informativa y de denuncia en los foros internacionales. Sin lugar a dudas, una de las audiencias a las que se dirige su libro es la de sus compatriotas australianos. Con su recuento detallado, Dunn pone al descubierto las contradicciones en las posiciones oficiales australianas a lo largo de los años. Estas posiciones se consideran clave, dado el papel de Australia como "potencia regional" con voz respecto al proceso de descolonización de Timor, la agresión indonesia y su incorporación forzada, y las consideraciones estratégicas existentes.

El punto de vista para evaluar y denunciar la situación a la que ha sido reducido Timor, parte de la perspectiva de la defensa de los derechos humanos. Quizás debido a la naturaleza universalista-neutral de esta perspectiva queda algo ausente del análisis la dimensión política e ideológica del problema. De este modo, Timor Oriental se presenta como un caso grave de violación de las leyes internacionales y los derechos humanos y, desde la ubicación del autor en

Australia, como “el episodio de este tipo más vergonzoso en la historia de las relaciones internacionales de este país” (p. 384). En este sentido, todo el libro y en particular el recuento minucioso de los acontecimientos en Timor a partir de aquellos que precedieron a la invasión indonesia de 1975 y hasta la fecha, constituye un llamado de atención para los australianos que actúan en el campo de la política, la administración y las relaciones exteriores, en cuanto a lo que el autor considera un quiebre en la “responsabilidad moral” de Australia hacia “una comunidad vecina pequeña y vulnerable”. Hay aquí que señalar, sin embargo, algunas características específicas de esta percepción, derivadas de la formación del autor como analista político y como miembro de una sociedad que ha querido asumir misiones históricas en la zona. De este modo, al parecer sin que esté consciente de ello, el autor cae ocasionalmente en actitudes paternalistas. Así, varias veces en el texto se discute la viabilidad de Estados como Timor, una viabilidad que se califica desde afuera y según intereses externos. El autor apoya la viabilidad de Timor, pero sobre bases poco firmes. Considera que lo que llama “síndrome del subdesarrollo”, sustento de condiciones en el Tercer Mundo que califica de endémicas (inestabilidad económica y política), no ha sido obstáculo para la independencia de otras sociedades (p. 82). Habría que agregar que en realidad se está hablando de independencia como un proceso formal, ya que el problema de la dependencia en el Tercer Mundo aparece casi como natural a los ojos del autor (p. 77). Las aseveraciones en este sentido son, a nuestro parecer, ligeras y necesitan refinarse ya que de otro modo sólo se están reafirmando estereotipos y prejuicios sobre lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo.

A pesar de su crítica a la posición oficial australiana frente al conflicto, el autor no evalúa críticamente otros elementos. Por ejemplo, se asume como natural el papel histórico de Australia como moderador en la región (¿hermano mayor?), y la misión que se adjudica en la zona se presenta sobre todo como moral. Esto lleva, como ya se mencionó, a adoptar una posición paternalista frente a los “débiles” y “pequeños”. Luego, y en la misma línea de pensamiento, la descolonización no se concibe como un proceso que se desarrolla a partir de una toma de conciencia entre la gente misma, sino como un proceso formal, controlable, sujeto a la planificación, como algo que se otorga (¿por los poderosos?, ¿por la metrópoli?) cuando se considera que la sociedad colonizada está preparada para saber qué hacer con su independencia (¿han llegado los niños a ser adultos responsables?). Se cita el caso de Papúa-Nueva Guinea y del

papel de Australia en su descolonización como exitoso. ¿Por qué se le considera un éxito? Porque significó un “traspaso” de poder sin grandes sobresaltos, sin violencia y, sobre todo, sin riesgos para la ex metrópoli. Pero no se habla de que en el curso de este proceso la concientización política fue monitoreada para que las confrontaciones socioeconómicas no se manifestaran en toda su crudeza. No se dice que el resultado ha sido una independencia formal con una dependencia de hecho de Papúa-Nueva Guinea con respecto a Australia, en lo económico y en lo político. Esto es lo que Australia llama “una relación especial”.

Otros detalles de enfoque merecen también mencionarse: siguiendo las técnicas de investigación favorecidas por las ciencias políticas, el análisis se centra en los líderes y las figuras públicas timoreesas, indonesias y australianas, y en mucho menor grado trata la opinión de la gente en general. Se mantiene en el alto nivel de la política, los gobiernos, las figuras nacionales e internacionales. En su búsqueda de objetividad el autor cita a menudo entrevistas ricas en contenido que no se analizan a fondo sino que su evaluación se deja en gran medida a juicio del lector (por ejemplo, en la p. 72).

El cuidado del autor por presentar un cuadro informado y objetivo no evita, sin embargo, que se cuelen percepciones cuestionables muy enraizadas en el medio australiano, reflejadas en el uso de cierta terminología. Una es aquella que se mencionó sobre el Tercer Mundo. Se habla, sin dar mayores explicaciones, de la “democracia convencional en el Tercer Mundo”. Lo de convencional no tiene ciertamente connotaciones favorables y tiende a relacionarse con esa “inestabilidad endémica” de la que se habló antes. Mucho más grave es el empleo de un término como *full-blooded* para calificar a los timoreeses (¿timoreeses “pura sangre”?) como parte de la descripción de los líderes, por oposición a “mestizo”. ¿Por qué es relevante para el autor este dato en el resumen biográfico de un líder? ¿Por qué trata a éste como dato empíricamente demostrable? Su uso por el autor se debe más que nada a la costumbre que, aunque nos pueda parecer anacrónica y acientífica, sigue prevaleciendo en Australia, de catalogar pueblos e individuos de acuerdo con “índices raciales” dudosos y de raigambre ideológica racista. Clasificaciones que en otros lugares se descartaron junto con la administración colonial: la catalogación racial/racista según el porcentaje de “sangre” (a veces parafraseado como “ascendencia”) continúa siendo práctica habitual en Australia, llegando a ser ésta una fijación compulsiva general de la que sufren tanto académicos como gente común. Este descuido es de lamentar en el caso de este autor, persona sensible

a los problemas de la discriminación y del racismo.

Luego de los dos capítulos iniciales en los cuales se presenta a Timor y su historia bajo la dominación colonial, el autor examina al detalle, con abundancia de datos y basándose en fuentes diversas, el fin del gobierno colonial portugués y los acontecimientos en Portugal mismo con repercusiones en su política colonial, el surgimiento en 1974 de organizaciones políticas en Timor como la UDT (Unión Democrática Timorese), la ASDT/Fretilin (Asociación Social Democrata Timorese/Frente Revolucionario de Timor Oriental Independiente) y la Apodeti (Asociación Popular Democrática Timorese), y sus posiciones respecto a la cuestión de la descolonización y a las perspectivas de integración con Indonesia. El cambio en la posición de Indonesia respecto a Timor, la posición australiana y los acontecimientos a partir de 1974, incluido el triunfo del Fretilin, culminando con la invasión indonesia de Timor y la represión posterior, ocupan la atención del autor en el resto del texto. La cantidad de información es a menudo abrumadora, por lo cual hubiera ayudado contar con resúmenes de los puntos más relevantes presentados en cada capítulo. No por abrumadora, sin embargo, la información es superflua. Por el contrario, ésta es sumamente necesaria teniendo en cuenta que la información sobre Timor ha sido intencionalmente distorsionada según un plan explícito de propaganda (desde la *Operasi Komodo*) desarrollado consistentemente por Indonesia.

Quizás es el capítulo 10, sobre la invasión y ocupación indonesia y la resistencia timorese, el más impactante. En particular en este caso, la documentación apoya con fuerza la denuncia sobre la violación de los derechos humanos que Dunn hace explícita. La naturaleza genocida de la invasión indonesia, la situación de guerra y represión, de hambre y reclusión en campos de concentración (que los indonesios llamaron eufemísticamente "centros de reasentamiento") en que se encontraron los timorese, se presentan inequívocamente frente al lector respaldadas por entrevistas muy esclarecedoras. Nuevamente, tantos datos pormenorizados sobre las atrocidades cometidas por Indonesia en Timor son necesarios, dado el éxito de la campaña de desinformación indonesia, el encubrimiento derivado de la injerencia velada de potencias como los Estados Unidos, y la poca disposición a comprometerse de Australia, todo lo cual logró debilitar los alcances de la presión que podía haber llegado a ejercer la comunidad internacional. Quienes han permanecido atentos al desarrollo de la situación en Timor Oriental a nivel internacional, aun después de la aceptación tácita general de que la integración con Indonesia era un hecho dado, han sido las organizaciones

religiosas y de defensa de los derechos humanos. Son ellas y los grupos de apoyo a Timor, más que las discusiones en las Naciones Unidas, los que han logrado que se desarrolle una conciencia sobre la situación en Timor, un "pueblo traicionado" —como lo llama Dunn— por la comunidad internacional en la lucha por sus derechos.

James Dunn es un analista político australiano de alto nivel, con amplia experiencia en el campo de la diplomacia. Se desempeñó como cónsul australiano en Timor entre 1962 y 1964 y, más tarde, en 1974, formó parte de la misión informativa que el Departamento de Relaciones Exteriores del gobierno federal australiano envió a Timor Oriental. Luego del comienzo de la guerra civil regresó en 1975 como jefe del equipo enviado por el Australian Council for Overseas Aid (ACFOA) para evaluar las necesidades de ayuda de los timorese bajo las condiciones creadas por la guerra. Su compromiso activo con la defensa de los derechos humanos se ha canalizado en la práctica a través del Human Rights Council of Australia, del que es presidente.

Este libro se recomienda especialmente a aquellos en el campo de las relaciones internacionales y las ciencias políticas, a los estudiosos de la problemática colonial y de la descolonización, y a todos aquellos preocupados por la defensa de los derechos humanos. A nivel amplio, proporciona un material informativo completo y excelente sobre Timor Oriental.

Si bien no se presenta una bibliografía y lista de fuentes por separado, la cita de referencias por capítulo al final del texto es suficiente. Un mapa de la zona y otros de Timor antes de 1975 aparecen en las contratapas. El estilo con que está escrito el texto hace la lectura fácil y no distrae la atención del lector. El trabajo de James Dunn, volcado en este libro, debe ser reconocido como un aporte al conocimiento de una parte del Tercer Mundo de cuyo pasado y presente no hemos tenido plena conciencia.

SUSANA B.C. DEVALLE

Abdelfattah Kilito, *L'Auteur et ses doubles. Essai sur la culture arabe classique*, Éditions du Seuil, Collection Poétique, Paris, 1985, 125 pp.

"Un día (de eso hace más de veinte años), un escolar de sexto grado, acompañado por dos o tres amigos, fue a hacer, tímidamente, al fi-

nal de un curso, la siguiente pregunta al profesor de francés: ¿Es necesario, cuando se lee un libro (una novela), retener, además de la historia, el nombre del *autor*?”... Mucho tiempo más tarde, olvidada la respuesta del profesor, el alumno decidió buscarla entre los poetas de la época clásica árabe. El fruto de tal interrogación, bastante más rica y compleja de lo que podría parecer a primera vista, es este estudio, en el que se examina las vías por las que una tradición se encuentra implicada en la asignación de una obra a un autor, independientemente de que lo sea en verdad o no.

Dentro de la cultura árabe clásica, la poesía debía ajustarse a los moldes más rígidos: las odas comienzan con la descripción de los restos del campamento de la amada, el sufrimiento de la separación y la nostalgia, etc., y sólo después de cumplir formalmente con la recitación de diversos asuntos se pasa al verdadero tema de la composición. El predominio de un modelo tan inflexible hace que el mismo 'Antara se pregunte en la introducción de su célebre oda si “¿Acaso los poetas han dejado aún algo por decir?” Empero, él prosigue repitiendo los viejos esquemas para producir una oda diferente de las anteriores y de las que están por venir.

La cultura árabe clásica parecía consciente de dicha renovación dentro del apego a los moldes establecidos; así, Kilito menciona que al solicitar Abû Nuwás a su maestro permiso para componer sus propios versos, éste le exige aprender primeramente mil poemas antiguos. Logrado eso, no recibe sin embargo el permiso: ahora deberá olvidar los poemas antes de recibir la codiciada autorización. De esta manera, el olvido se convierte en la contrapartida y el auxiliar de la memoria, como Jorge Luis Borges lo ha enunciado: “...haber sabido y olvidado el latín / es una posesión, porque el olvido / es una de las formas de la memoria, su vago sótano, / la otra cara secreta de la moneda...” (“Un lector”, *Elogio de la sombra*, 1969). Pero, además, entre los poetas de la cultura árabe clásica, el olvido se constituye en el mecanismo que permite el renuevo. Los poemas olvidados, a semejanza de los vestigios del campamento de la amada, permiten la creación poética bajo la forma de una reorganización de materiales dispersos, una nueva *mise en forme* que convierte la poesía clásica en una reconversión, un “reciclaje” continuo, en el que todos los elementos se ven sujetos a una “metempsicosis” poética, de la que las grandes figuras no hacen sino dirigir el flujo.

La preeminencia absoluta del modelo, empero, conduce a nuevos problemas, como la determinación de ciertos conceptos, tales como la falsificación y el plagio, los cuales eran en realidad la práctica común. Las diferentes maneras de copia se encontraban clasifi-

cadadas entre las figuras retóricas, desde la cita (iqtibás/taḍmîn) hasta la alusión (talmîh). Por otra parte, para los árabes de la época, nos dice Kilito, el “plagio” (sariqât) sucede cuando el poeta presta una nueva expresión a la idea (ma'ná) que ha tomado, por lo que es también una forma de invención (ikhtirâ'). El proceso ocurre como sigue: “Comparar al hombre generoso con la nube es una idea común; en cambio, decir que la nube se siente avergonzada cuando compara sus buenas acciones con las del hombre generoso, es renovar la idea básica y adueñársela.” Al mismo tiempo que el poeta ha transformado la idea y se expone igualmente a ser “plagiado”, agrega un eslabón a la cadena de las metáforas.

Además, en este contexto, los límites de la creación artística y la atribución de la autoría se vinculan con los individuos y el medio social. Es así como, al recitar el poeta Jamîl, de la tribu de 'Udhra, versos en que blasona para sí y su parentela el ascendiente sobre los demás, exclama Farazdaq, de la tribu de Muḍar: “¿Desde cuándo existe la realeza entre los 'Udhra? Es entre los Muḍar, de los que soy el poeta, donde existe.” Esos versos, por lo tanto, no deben ser atribuidos a Jamîl, sino a Farazdaq, a quien convienen por el prestigio de su tribu, mientras Jamîl, que no debería haber pronunciado ese tipo de frases, termina por cedérselas como quien devuelve algo que, evidentemente, no le pertenece. En efecto, ambos poetas en este ejemplo poseen, cada uno, su propio género, siendo el de Jamîl el erótico y galante, y el de Farazdaq el panegírico de su linaje y la sátira en contra de sus enemigos. Los versos de jactancia hubieran pasado por un anexo extraño y engorroso para la figura de Jamîl, el que sería considerado un usurpador de prestigio social, y en cambio, entre la producción de Farazdaq lucen con todo su brillo legítimo.

Las imágenes y sus correspondencias con las divisiones de la sociedad son, por otra parte, sostenidas por los mismos poetas, quienes alimentan determinados prototipos con el fin de manipularlos. Para el panegírico, uno de los géneros más acostumbrados, estos tipos son: el rey, el ministro, el general, el juez y el hombre común, poseedor cada uno de una clase de alabanzas y virtudes que no se deben transferir, pues asignar alguna a quien no le corresponde podría ser interpretado como una burla, e incluso una injuria. Gracias a estos esquemas, el poeta tiene la posibilidad —aunque restringida— de emplear sus obras para alabar a nuevos clientes que pertenezcan a un mismo prototipo social, lo que vendría a ser una especie de “autoplagio”. Entre los problemas sin solución que trae consigo este panegírico dedicado a diferentes personajes, se encuentra el de de-

terminar una sola obra válida entre todas las variaciones. Afortunadamente, tal procedimiento, que en ocasiones fue utilizado como venganza en contra de un príncipe mala paga, se vio limitado por la posibilidad de ser reconocidas las obras por los nuevos clientes, lo que hubiera atraído el rechazo hacia el poeta embaucador.

En otros géneros, como el amoroso, las imágenes no son menos rígidas: se trata aquí de la bella desdeñosa, y el enamorado débil y demacrado por los desvelos y la pasión, aun cuando los escriba un poeta gordo y lleno de vitalidad.

La tendencia a la desaparición de los rasgos individuales en un sistema de virtudes genéricas no termina ahí. Existe, en el sentido inverso, la asimilación de un personaje a una cualidad moral o física, atribuyéndosele actos y anécdotas que pertenecen a dicha cualidad. Así, Jâhiz hace una clasificación de las anécdotas en dos tipos: las primeras, aquellas que no contienen ninguna indicación que permita reconocer al héroe, las denomina "opacas", opuestas a las "transparentes", que se relacionan inmediatamente con un personaje conocido tanto por el escritor como por el lector: "Poseo numerosas anécdotas en las que se puede reconocer desde la primera palabra a los héroes, aun sin nombrarlos ni desear que sean reconocidos" (Jâhiz, *Libro de los avaros*). Dentro de esta última categoría, Kilito distingue una tercera, que llama "anécdota ejemplar", y que gira alrededor de un personaje que se ha convertido en el signo de una particularidad o atributo cualquiera: la estupidez, la generosidad, la avaricia... Esta "figura imán" posee una fuerza centrípeta que atrae determinadas anécdotas: "Instrumento de medición, la figura ejemplar es de una voracidad atrayente, engulle todo lo que toca en el dominio que controla. Forma vacía, abertura insaciable, se colma cada vez que se presenta la ocasión, con un contenido nuevo que no deja de evocar los contenidos anteriores."

Dentro de los mecanismos y las ideas expuestas por Kilito, la pérdida de individualidad de los personajes de un grupo social, o su exaltación ambigua, asimilados a una cualidad, se ven complementadas por un fenómeno paralelo en la figura de quien ejerce el oficio literario, el autor. Cuando a cada género corresponde una escritura, aparece un conjunto de rasgos semejantes en diversas obras, y existe un número de autores que se pueden considerar emblemáticos de ese género, a los que se puede atribuir indistintamente una obra determinada, ya que es muy difícil hablar de estilo individual.

Esta visión de la literatura árabe clásica, en la que se contempla como un hecho normal la transferencia de imágenes y metáforas, la retoma de nombres y de atributos personales, el préstamo de fra-

ses y de ideas, aporta un nuevo enfoque sobre algunas cuestiones, como por ejemplo la autenticidad de la poesía preislámica. Durante siglos, los árabes vivieron en la convicción inamovible de que esa poesía era anterior al Islam y había sido compuesta por los autores que aseguraba la tradición. Empero, esto fue puesto en duda en la década de los veinte por Táhâ Husayn y otros intelectuales. Kilito resuelve la cuestión —invalidándola de paso— al mostrarla dentro de la corriente de las palabras, cuyo dinamismo diluye los rasgos individuales de los autores que la han dirigido por generaciones: “¿Qué nos importa, en definitiva, que sea un poeta camellero del siglo VI o un letrado de Basora o Kufa el que nos ha contado la alegría anhelante del ladrón de amor, o la carrera ondulante hacia el desierto y el espejismo que tiembla sobre los gujarros ardientes?... Tanto en una hipótesis como en otra ha resonado una gran voz.”

El río de las palabras corre reflejando el rostro de un viajero, recibiendo su forma: “El agua fluye, y sobre las pequeñas olas la imagen se estremece, feliz y ligera. De pronto, se vuelca sobre un lado y la corriente la arrastra, lejos, cada vez más lejos. Perturbado, el viajero mira en el agua, justo abajo de sí, y no se vuelve a encontrar. La imagen ha desaparecido del todo.”

FERNANDO CISNEROS

Sukumari Bhattacharji, *Literature in the Vedic Age; Vol. I. The Samhitās*, Bagchi Indological Series 3, Calcuta, Bagchi & Company, 1984, pp. XXXII + 335.

La autora del libro, la profesora Sukumari Bhattacharji, es conocida por su famosa obra *The Indian Theogony: A Comparative Study of Indian Mythology from the Vedas to the Puranas*.¹ El presente trabajo también cuenta con su sello propio y su agudeza.

La literatura védica —el primer registro religioso y literario completo de los indoeuropeos y la primera literatura oral plenamente desarrollada— merece un tratamiento por parte de los estudiosos acorde con su importancia. Los anteriores estudios védicos de renombre realizados en Occidente (con la honrosa excepción de L. Renou) reflejaban una desastrosa falta de conciencia a este respecto, al considerar a esta literatura tan sólo como una fuente de informa-

¹ Cambridge University Press, 1970; edición india, 1978.

ción sobre religión, mitología e historia de la civilización. Por lo tanto, en estos estudios no se tomaban en cuenta los aspectos literarios y estéticos, actitud muy criticada por el profesor Gonda en su *Vedic Literature*.² Estos y otros “obstáculos e insuficiencias” en los estudios védicos “impidieron la indagación saludable” de la rica herencia cultural del pueblo de la India.

El presente libro intenta corregir las perspectivas y llenar las deficiencias de que adolecen los estudios védicos, para beneficio de la generación moderna de estudiantes y del público en general interesado en el tema. Y ha cumplido muy bien con su objetivo. En la introducción la autora presenta cuatro secciones: 1) la actitud generalizada hacia el Veda y el estado de los estudios védicos en la India; 2) una historia de los estudios védicos modernos; 3) el avance cultural en la vida y el pensamiento de los indoeuropeos durante tiempos prevédicos y védicos, y 4) los indicios de pensamiento nuevo y la mezcla de los arios con los prearios y los no arios. Los cuatro capítulos que se presentan a continuación tratan de las cuatro Samhitas de los Vedas y describen el contenido y las principales características de cada una. Tenemos así exposiciones acerca de vocabulario, sintaxis, dialecto, acento, métrica, tono, registro tonal y *stobha*; la naturaleza oral y la poética (esta última en detalle); estilo, la sociedad con su *Weltanschauung*; mitología, métodos sacerdotales; el lenguaje ritual; el doble significado místico que está tras los ritos; magia; religión; la naturaleza de la prosa y los tipos de himnos. (Al recuento del *corpus* védico que se da al principio podríamos agregar el conocido registro que hace Patañjali, al inicio de su *Mahabhāṣya*, del número de *śākhās* o ramas de cada Veda que le eran conocidas.)

En la mayoría de los temas mencionados la autora da muestras, en primer lugar, de sus amplios conocimientos sobre las mitologías de diferentes cultos y religiones del mundo, con comparaciones muy interesantes y reveladoras. En segundo lugar, hace gala de su vasta y actualizada familiaridad con las ricas y variadas contribuciones hechas por estudiosos modernos de diferentes partes del mundo. Encontramos también un buen número de pequeñas notas exegéticas en torno a expresiones especiales. Lo que resulta un deleite son algunas sugerencias reveladoras (y en muchas ocasiones originales y aceptables) que la autora nos hace acerca de muchos puntos interesantes.

Existe un amplio índice al final, pero la bibliografía tiene que construirse a partir de las numerosas y muy útiles referencias que

² Capítulo 1, sec. 7: “Study of the Veda”, pp. 58-60.

están dispersas a lo largo de las notas de pie de página. En términos generales, se trata de un trabajo cuya impresión es de buena calidad, que sólo requiere de algunas correcciones.

Al proporcionar una lectura agradable por su hermoso inglés, y al ser aleccionador por su cúmulo de información, el libro promete ser recibido favorablemente no sólo por los estudiantes y los lectores en general, sino también por los maestros que trabajan en este campo. También nos permite poner grandes esperanzas en los siguientes trabajos de la pluma de la autora, que estarán dedicados a los Brahmanas y a las Upanishads.

S.D. LADDU

Narendranath Baliramji Patil, *The Folklore in the Mahabharata*, Delhi, Ajanta Publications, 1983, pp. XII + 284.

De las diversas fuentes empleadas para el estudio de la vida de una comunidad, los cuentos folklóricos, así como las creencias y mitos que los acompañan, ocupan un lugar muy importante. Estos cuentos pueden o no ser expresados en la literatura, pero con frecuencia son transmitidos de generación en generación por largos periodos de la historia de la sociedad e, incluso, son transmitidos a otras sociedades con las que entra en contacto. Todo esto le proporciona al sociólogo un rico material de estudio.

El *Mahabharata*, la gran epopeya de la India antigua, contiene un cúmulo enorme de experiencias humanas expresadas por medio de numerosas tradiciones y cuentos folklóricos. Muchas de sus leyendas se remontan a una época muy antigua (algunas pueden incluso ser rastreadas hasta la época védica), y están tan enraizadas en la sociedad de la India que han sobrevivido a pesar del largo tiempo transcurrido. Debido a lo vasto del material que se puede obtener del *Mahabharata*, un estudio de las leyendas, mitos, creencias y prácticas que incluye está más allá de las posibilidades de una tesis doctoral. Por lo tanto, el Dr. Narendranath B. Patil, autor del presente libro, ha hecho bien en limitar su atención a los primeros tres libros de la epopeya, y por este estudio (realizado bajo la excelente supervisión del profesor S. A. Dange) recibió un doctorado de la Universidad de Bombay en 1976. El Dr. Patil, sanscritista y sociólogo, es un reconocido escritor de lengua marathi, y es director de Idiomas del gobierno de Maharashtra en la India.

El autor ha recolectado el material relevante y lo ha analizado estudiándolo por motivos. De esta manera, clasifica y presenta sus resultados bajo diversos encabezados: tradiciones sobre lugares de agua sagrada y sobre Agni, nacimientos sobrenaturales, matrimonio y deuda hacia los ancestros, iniciación y pruebas morbosas, tradiciones acerca de maldiciones y animales que hablan, la *mayasabha* y las *sabhas* de diversos dioses, demonología y tradiciones sobre seres sobrenaturales y motivos misceláneos y mezclados. El registro de cada leyenda va seguido de un meticuloso estudio analítico que rastrea sus orígenes y menciona sus influencias posteriores en la sociedad hasta los tiempos modernos, y en muchas ocasiones menciona casos semejantes de sociedades o tribus de otras partes del mundo. Así por ejemplo, al escribir acerca del nacimiento de Mandhatr a partir de una costilla (pp. 122-126), el autor hace referencia a un relato similar del Veda en torno al nacimiento de Indra, y menciona el Antiguo Testamento (Génesis 2, 7-24) donde se habla del nacimiento de Eva a partir de la costilla de Adán. También lo compara con la mitología griega, en el caso del nacimiento de Minerva de la cabeza de Zeus, y con otras creencias similares en California y entre los habitantes de Tahití. El descubrimiento importante del Dr. Patil es que durante el periodo del *Mahabharata* se estaba dando un cambio definitivo de las formas religiosas: de las antiguas, asociadas al sacrificio, a otras más nuevas y más sencillas.

Se puede decir que esta nueva y bien documentada línea de estudio le ha hecho justicia a un texto muy importante de la India antigua al realizarse el estudio de la manera más objetiva y bien informada posible (al final se incluyen una muy útil bibliografía y un índice). En algunas partes, el autor ofrece originales sugerencias que seguramente darán qué pensar. Este estudio, por lo tanto, puede muy bien constituir una base para estudios posteriores sobre el folklore de la epopeya, tal como lo sugiere el autor. (La seriedad de su trabajo desafortunadamente no siempre es igualada por la del impresor, especialmente al transliterar expresiones sánscritas.)

La intención del autor en relación con este estudio es contribuir con una unidad a lo que visualiza como un futuro compendio de estudios similares sobre las literaturas del mundo, lo cual tal vez revelará, a fin de cuentas, la unidad de los pensamientos y las aspiraciones humanas. Y esto no tiene necesariamente por qué resultar un espejismo.

Rubie L. Watson, *Inequality Among Brothers. Class and Kinship in South China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

La organización del parentesco en el sistema familiar chino ha sido un tema ampliamente estudiado por los antropólogos occidentales. Desde el siglo pasado, misioneros y estudiosos han dado razón del complejo sistema de clanes y linajes, de las relaciones entre miembros consanguíneos o afines y de la peculiaridad que ellos presentan. Además hicieron hincapié en la estrecha relación entre el sistema de linaje y la religión, sobre todo en su aspecto de culto a los antepasados (por ejemplo J.J. M. de Groot, Justus Doolittle, etc.).

En los años treinta y cuarenta se hicieron estudios generales sobre la familia china (Olga Lang) y estudios de caso, como el realizado por Martin Yang en la provincia de Shandong. Después de 1949 los antropólogos tuvieron que concentrar sus esfuerzos en Taiwan, Hong Kong y las comunidades chinas del sudeste de Asia. Sin embargo, la imposibilidad de realizar estudios en la misma China dio como resultado un conocimiento fragmentario del sistema de parentesco y linaje en China, y cualquier síntesis, como la intentada por Maurice Freedman, se limitó al sudeste de China, lugar de procedencia de la mayoría de los chinos emigrados a Taiwan y al sudeste de Asia. En este contexto, han sido valiosas las aportaciones de H. Baker, J. Watson, E. Ahern, A. Wolf, M. Wolf y otros como J. Potter y N. Diamond, quienes ya han realizado investigaciones en la República Popular China después de 1978.

A pesar de la reciente apertura, es aún difícil para los antropólogos occidentales realizar investigaciones de campo en las comunidades rurales y por eso se siguen realizando en las comunidades rurales de Taiwan y Hong Kong, de acceso más fácil y con menos trabas burocráticas. El libro de Rubie Watson, *Inequality Among Brothers. Class and Kinship in South China*, es el resultado de una investigación hecha en la aldea de Ha Tsuen, en Hong Kong, durante doce meses en 1977 y 1978. Los habitantes de esta aldea llevan todos el apellido Teng (Deng en *pinyin*) y se reconocen como descendientes de un antepasado, Teng Fu-hsieh (Deng Fuxie), que vivió hace más de 900 años.

El estudio que R. Watson hace de la aldea y de las relaciones entre sus habitantes es exhaustivo, pero la parte más interesante del libro es su planteamiento metodológico. Según la autora, todo estudio sobre linaje en China aceptaba la existencia del sistema sin cuestionar a fondo sus orígenes ni sus verdaderas implicaciones. Los an-

tropólogos dedicados a China recibieron una fuerte influencia de la “escuela de filiación”, desarrollada sobre todo por africanistas como Meyer Fortes, pero que se aplicaba mejor a sociedades “relativamente homogéneas y acéfalas, en donde los estudios no tienen incentivos para explorar los problemas de desigualdad económica y política” (p. 5). Sin embargo, China es una sociedad compleja con historia y con clases sociales definidas. No se puede estudiar el linaje sin incursionar en sus orígenes, sus diferencias regionales y el papel que cumplió este sistema en una sociedad con desigualdad de clases.

El ideal de igualdad entre miembros de un linaje ha sido proclamado a lo largo de la historia de China y retomado por los habitantes de Ha Tsuen. Sin embargo, la realidad parece ser completamente diferente, y “durante varias generaciones el linaje Deng ha estado dominado por un pequeño grupo de hombres ricos” (p. 3). Esta contradicción, evidente en Ha Tsuen, indica, según R. Watson, una situación más generalizada que probablemente se repita a través de la historia china en todos los casos en donde hay un sistema de linaje: su propósito sería señalar los mecanismos por los cuales esta desigualdad sirve a los ricos y poderosos y es, a su vez, aceptada por los débiles y pobres. Un estudio de esta naturaleza podría desmitificar conceptos manejados por los detentadores del poder que no han sido analizados en su justo valor, sobre todo por los estudiosos occidentales, que a veces parecen aceptarlos sin discusión. Mao ya había señalado que el linaje era un instrumento para oprimir a los débiles.

Al recorrer la historia de Ha Tsuen, la autora encuentra una continuidad de patrones económicos y políticos que van desde fines del siglo XVIII hasta el siglo XX, y es así como los miembros más ricos de los linajes dominaron la vida económica y política de la región. Sin embargo, a principios del siglo XX la situación cambió cuando nuevas leyes sobre tenencia de la tierra, mejoras en el transporte y otros factores permitieron la industrialización, el trabajo asalariado en las fábricas y el comercio en mayor escala. Este cambio siguió su curso y se acentuó aún más después de la segunda Guerra Mundial.

R. Watson se pregunta cuáles han sido, a partir de estos cambios estructurales, los detentadores del poder. Anteriormente, la tierra era la base de la vida económica, y la mayoría de los aldeanos carecían de ella. Unos pocos privilegiados vivían de las rentas de la tierra y podían invertir sus ganancias en la industria, etc. Sin embargo, en la actualidad hay una nueva clase de empresarios y se ha

producido un reordenamiento de las clases. "En el pasado los requisitos para el liderazgo local eran la riqueza, los contactos fuera del linaje y un papel destacado en el templo central de los ancestros" (p. 142). Actualmente la riqueza sigue siendo importante, pero los líderes locales deben ser elegidos dentro del marco del comité rural, que ha remplazado al templo de los ancestros. Los antiguos terratenientes siguen conservando la riqueza, pero no son necesariamente los únicos líderes de la comunidad y deben compartir el poder con los nuevos ricos.

En su perspectiva microhistórica y antropológica, R. Watson combina estas dos disciplinas, lo que constituye uno de los grandes méritos de este trabajo profundo y con perspectiva histórica. Si es útil para arribar a más amplias generalizaciones, se podrá saber después de que se hayan realizado muchos estudios de similar naturaleza. El presente trabajo se ocupa de un linaje en Hong Kong, donde la secuencia de cambios ha sido feudalismo-colonialismo-capitalismo. Será interesante analizar si los cambios producidos por la revolución de 1949 se apartan radicalmente de la evolución sufrida en Hong Kong, donde el sistema de linaje continúa vigente, o si los cambios parecen ser más radicales de lo que en realidad son, y el linaje, de alguna manera, retiene su fuerza y resurge en el sudeste del país en estos momentos de restructuración económica.

FLORA BOTTON BEJA

Guy S. Alitto, *The Last Confucian, Liang Shu-ming and the Chinese Dilemma of Modernity*, Berkeley, University of California Press, 1979, 386 pp.

Min-chih Chou, *Hu Shih an Intellectual Choice in Modern China*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1984, 304 pp.

Estas dos obras se ocupan de analizar la actuación de dos hombres entre sí distintos, Liang Shuming y Hu Shi, pero ambos preocupados por el mismo problema: cómo lograr que China saliera de su pobreza, de su atraso económico en relación con los países desarrollados en Europa y Estados Unidos, y cómo lograr que China siguiera guardando sus particularidades aun ante la exposición a la cultura de estos países.

Los dos vivieron en una época difícil para China, una época caótica, llena de cambios y de enfrentamientos de diversas tendencias que trataban de prevalecer una sobre otra: la revolución de 1911 (Xinhai Geming), que terminó con el gobierno de la dinastía Qing (1644-1911); la formación del Guomindang o Partido Nacionalista; el gobierno de Yuan Shikai y el caos que lo siguió, provocado por los señores de la guerra; el predominio del Guomindang en la llamada Década de Nanjing (1927-1937), las luchas entre el Guomindang y el Gongchandang o Partido Comunista, la guerra contra el Japón (1937-1945), la guerra civil y finalmente el establecimiento de la República Popular China guiada por el Gongchandang.

Liang Shuming adquiere su estatura exacta en el análisis que de él hace Alitto. Otros autores que se han ocupado de estudiarlo, lo han calificado de nacionalista conservador que trataba de defender y preservar los valores tradicionales chinos y se oponía a adoptar valores de otros países. Alitto, por el contrario, estudia las diferentes facetas de la personalidad de Liang y lo proyecta como un intelectual interesado en los problemas de su país. Liang, al igual que Mao Zedong, se mostraba contrario a seguir el camino de algunos intelectuales que se encerraban en su torre de marfil y perdían contacto con lo cotidiano y con las masas. Comúnmente se piensa que el movimiento Xia Fang, que consistía en enviar gente al campo para trabajar la tierra, es una invención comunista, pero Alitto muestra que intelectuales como Liang pensaban que era una solución para acortar la distancia que separaba a los intelectuales urbanos de las masas de campesinos.

Si bien es cierto que existían ciertos puntos de coincidencia entre Mao Zedong y Liang Shuming, también lo es que diferían en muchos otros, como señala Alitto. Por ejemplo, Liang negaba la existencia de la lucha de clases. En el experimento de organización campesina que realizó el Zouping, en la provincia de Shandong, trataba de lograr la armonía de la comunidad. Pero esto no significaba que él se mezclara con los campesinos y se sintiera uno de ellos: Liang no abandonaba su propia identidad social; él era un *qunzi* o caballero confuciano. Liang deseaba lograr un renacimiento del campo chino y resolver los problemas que aquejaban al campesinado: falta de crédito, educación, irrigación y salud.

Según Alitto, el concepto de reconstrucción rural que tenía Liang era el de un movimiento realizado por toda la sociedad independientemente de la burocracia, y en ocasiones en contra de la misma burocracia. Esto lo afirma por la ineficiencia del Guomindang en la década de 1930 para llevar a cabo una verdadera reforma agraria.

Además, en la reconstrucción rural debían combinarse la democratización (*minzhubua*) y la socialización (*shehuibua*). Sólo siguiendo esta línea China podría superar su inferioridad material y su falta de organización social. Liang confiaba que con el establecimiento de cooperativas se podría elevar la producción y gradualmente socializarla.

Este interés de Liang por la organización campesina, señala Alitto, fue el que le hizo aceptar el comunismo como una posible solución a los problemas de China, viendo el trabajo que habían desarrollado Mao y sus colegas en el campo.

Es interesante la forma idealista y moralista en que plantea Liang su reconstrucción rural. Pretendía crear un universo aparte del resto de la organización económica de China sin tomar en cuenta que ésta, inevitablemente, ejercería su influencia en él. Por ejemplo, los textiles que se elaboran en Zouping eran afectados por los textiles fabricados con máquinas de mejor calidad y bajo precio. O el financiamiento de las cooperativas, que dependía de bancos ciudadanos.

Por otro lado, Liang, al igual que Hu Shi, trataría de buscar una vía adecuada para que China pudiera ser moderna y desarrollada, pero sin tener que sufrir de los mismos males que los países desarrollados de Europa y los Estados Unidos. Las experiencias obtenidas de su pasado utilitarista, budista y finalmente confucianista se reflejaron en las diversas explicaciones que dio acerca de este problema. Reconocía, como bien señala Alitto, que era casi imposible que China asimilara la ciencia y la tecnología sin "contaminarse" culturalmente. Sin embargo, pensaba que tal vez China podría de alguna manera evitarlo y adoptar lo que realmente necesitara de la cultura de los países desarrollados. Su posición fue criticada por Hu Shi y otros intelectuales.

En general, Alitto nos da una versión de Liang Shuming nítida y objetiva. El análisis que realiza de su vida, pensamiento y obra nos permite adentrarnos en este personaje y entender el porqué de los cambios radicales en su vida, el porqué de sus convicciones y de sus posiciones políticas. A la vez, nos permite entender la complejidad del mundo que le tocó vivir, que le inducía a un constante cuestionamiento de la realidad china y las posibles soluciones a los problemas que la aquejaban; su crítica y a la vez su aceptación del régimen establecido por el Gongchandang, precisamente como una posible solución a dicha problemática.

El libro de Min-chih Chou sobre Hu Shi, otro personaje expuesto a la gran vorágine de la China de la primera mitad del siglo XX, está organizado en forma temática, no cronológica. El autor se

interesa en recalcar ciertos aspectos importantes de la vida de Hu Shi y la incidencia de los mismos en su formación intelectual. La primera sección se ocupa de los años formativos de Hu; la segunda, de su experiencia en los Estados Unidos; la tercera, de las actitudes políticas de Hu.

Min-chih Chou señala que Hu Shi durante toda su vida estuvo más de acuerdo con la caracterización del “intelectual moral” que con la del “intelectual de acción”. Hu observaba detenidamente lo que ocurría en su país: en tiempos de crisis podía protestar y hacer críticas, pero siempre alejado de la actividad política. Su educación en el extranjero le hizo analizar los problemas de China usando los criterios del país en donde estudió: Estados Unidos.

El autor explica muy claramente cómo en Hu se libraba una lucha entre los valores chinos y los valores de los países europeos y Estados Unidos, lucha en la que en ocasiones prevalecía China y en otras el extranjero. En su búsqueda por una fórmula para salvar a China decide estudiar algo práctico e ingresa en la escuela de agronomía de la Universidad de Cornell, y después de analizar la importancia del cambio interno, del cambio de actitudes en primera instancia, decide estudiar filosofía, primero en Cornell y luego en la Universidad de Columbia.

Min-chih Chou señala que Hu, influido por su cosmopolitismo, adoptaba una actitud ambivalente hacia China, pero que, cuando vio que su país se encontraba en peligro, dejó a un lado ese cosmopolitismo.

Políticamente, Hu Shi seguía una posición ambigua. Defendía los cambios no violentos y no estaba dispuesto a meterse en situaciones comprometedoras, pero esto mismo lo hacía sentirse impotente. Criticaba el gobierno del Guomindang, pero al mismo tiempo pensaba que la poca estabilidad que existía le permitía desarrollar su actividad intelectual.

El autor explica que el movimiento literario, y el papel que Hu Shi representó en él, le permitió llevar a cabo una reforma y permanecer a la vez fuera de las pugnas políticas. Además, le permitió vencer el sentimiento de impotencia y fue una compensación psicológica.

La imagen que nos da Min-chih Chou de Hu Shi es la de un hombre envuelto en lo ambiguo en todas sus posiciones, ya fueran políticas, sociales o culturales; la de un hombre complejo, brillante, a quien le tocó vivir tiempos difíciles, y que, preocupado siempre por defender o atacar a la tradición china ante diferentes audiencias, olvidó dedicarse a la urgente tarea de asimilar internamente lo nuevo y lo viejo.

Hu Shi ha sido estudiado por varios autores: sobresaliente es la obra de Jerome Grieder, *Hu Shih and the Chinese Renaissance: Liberalism in the Chinese Revolution 1917-1937*. El libro de Min-chih Chou contribuye al análisis de este complicado personaje dando un nuevo enfoque a las distintas facetas de su personalidad y de su vida.

Tanto el libro de Alitto como el de Min cuentan con una amplia bibliografía en inglés y en chino. Ambos deben ser lectura obligatoria para todos los interesados en el tema.

MARISELA CONNELLY